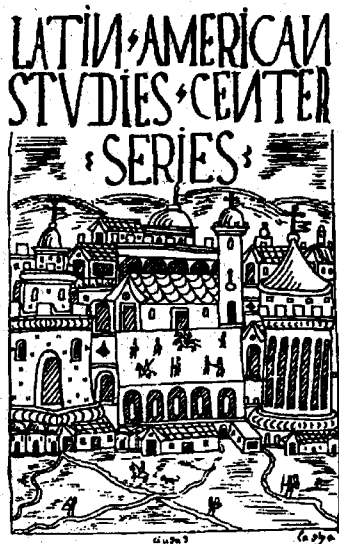


Agustín Ramos
Rockefeller Humanities Resident Fellow
1992-93

*Historia verdadera del
duende de las minas*



No. 10

University of Maryland at College Park

Agustín Ramos, an outstanding Mexican novelist, is currently affiliated with the Universidad Autónoma Metropolitana. He is also a researcher with the Archivo General del Estado de Hidalgo (Mexico). Mr. Ramos has published *Al cielo por asalto* (1979), *La vida no vale nada* (1982) y *Ahora que me acuerdo* (1985), *Río de estrellas* (1988) and *La gran cruzada* (1991), for which he received a special mention in the First National Competition on Regional Research, organized by the Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (1990).

Agustín Ramos
Rockefeller Humanities Resident Fellow
1992-93

Historia verdadera del
duende de las minas

Latin American Studies Center Series
No. 10

Editorial Board

Jorge Aguilar Mora
Sandra Messinger Cypess
Regina Harrison
Graciela P. Nemes
José Emilio Pacheco
Ineke Phaf
Saúl Sosnowski (Director)
Eva Vilarrubí (Series Editor)

Copyright © 1995 by Agustín Ramos

Latin American Studies Center
University of Maryland at College Park
4205 Jiménez Hall
College Park, MD 20742

Historia verdadera del duende de las minas

Todos los nombres, fechas, acontecimientos y demás datos que aquí se consignan son rigurosamente verídicos. La historia, en cambio, es imaginaria. O quizá sería mejor decir con Borges que *La historia era increíble, en efecto, pero se impuso a todos, porque sustancialmente era cierta. Verdadero era el tono de Emma Zunz, verdadero el pudor, verdadero el odio. Verdadero también era el ultraje que había padecido; sólo eran falsas las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios.*

I

Como no pagan bien, los señores de las minas contratan a los juaputas.

Pero, dime María Josefa, quiénes son los juaputas.

Pues los que llevan a la gente por la fuerza. Son unos señores muy grandes y muy gordos.

¿Más gordos que ña Antonia la tabernera?

Más gordos todavía. Y son malos, además.

¿Van a caballo?

Siempre. Algunos gastan barba, otros no.

¿Los hay indios o castas? Quiero decir, ¿los hay de color quebrado como yo?

Tú no tienes nada quebrado. Tú eres lindo de por ti. En cambio los juaputas son muy feos y casi nomás son españoles. Aunque cualquiera puede ser un juaputa, nomás es cosa que lo contraten.

Y tú, ¿cómo los distingues?

Ah, pues por lo que hacen, por recoger a la gente y llevarla jalando como si fuera basura.

Entonces tu padre era un juaputa cuando vivía en Actopan.

Bueno, él no. Porque aparte es mi papá y lo quiero mucho.

Pero dime, María Josefa, ¿acaso los padres no pueden ser juaputas? Algunos tal vez sí. El mío no. ¿Me entiendes?

Je je, si ya todo lo sabía desde antes que tú llegaras a Real del Monte.

Nada más me preguntas para hacerme desatinar, ¿verdad José Felipe?

No, no es por eso. Es porque me gusta oírte hablar.

Ahora te toca a ti, lindo. A ver, cuéntame algo.

Te contaría la historia del duende de las minas si no me hubieras llamado lindo.

No lo hice.

Sí, y dos veces. Además no soy el único al que andas chicoleando.

A ver, ¿quiero ver cómo está eso?

Al guanajua José María Vidal también le dices lindo. Ya me voy.

¿Para qué te tomas la molestia de irte, chiquitito, si siempre has de volver?

¿Sabes qué es lo que tú eres, María Josefa? Eres una juaputa de almas.

Y tú eres un lindo. Deja que te agarre y lo verás.

Un día de tianguis de 1757 como a eso de las tres el murmullo de los inconformes fue cercando la plaza. Eran más de mil. Procedían de Jiadhi, de Izcuincuitlapilco, de Chicavasco, de Botho, de Dataha, de Motobata, de Pohonza, de Botha, de Porraha, de Yolotepec, de Bocahas; de todos los alrededores de Actopan, esa villa ganada por los agustinos para la cristiandad veintidós leguas al norte de la capital de Nueva España.

Los atumultados hacían huir a cualquier labriego de buena voluntad y aun a los religiosos que procuraban contenerlos en las goteras con cariños y promesas. Ya retumbaba en los estómagos de la gente de razón la artillería de cuero y palo de sus tambores, ya se les miraba tremolar sus estandartes, morder sus cuchillos, recoger piedras, rehiletear hondas.

También se dice que traían pintura de guerra en las caras y que entraron en la plaza principal con la intención de asaltar la real caja y la parroquia para sacar de ahí al alcalde mayor y a la mujer de éste. Por sí o por no, la autoridad hizo varias descargas de fusilería y ellos contestaron con piedras y con algún ataque cuerpo a cuerpo.

Tras media hora de batalla la resulta fue de siete personas malheridas. Los contrarios merecieron de diez a quince bajas y se les apresó a veintiuno; ocho de ellos graves, de manera que ejecutaron un repliegue a dos leguas y se distribuyeron en semicírculo como para una nueva embestida.

Pero todo esto es nomás lo que se dice. Lo único cierto es que la plaza quedó vacía, con sólo una pequeña de nueve años, María Josefa Bravo de Hoyos, quien pese a haber resultado con un rozón de esquirra en la frente se negó a que la socorrieran los de la milicia voluntaria.

No sólo se negó; también les dijo perros, voto a tal y vayan con su madre si la tienen. Y es que en esos años mucha gente española además de los curas estaba del lado de los inconformes y juzgaba pernicioso la costumbre del repartimiento. No porque renegara contra aquella obligación que tenían los pueblos indios de proveer tandas quincenales donde hiciera falta mano de obra sino porque por cumplir con eso se descuidaban las cosechas en la región donde comienza el valle del Mezquital.

Pero lo de María Josefa llegaba ya hasta el mal encono, porque su padre, hombre del comercio de Actopan, era uno de los principales auxiliares en el reclutamiento de indios, y eso dio lugar a que María Josefa se amistara con los hijos de esos hombres.

Los entendía y la entendían. Por ejemplo a la hora de sentirse dentro de algo que no es uno y que es el alma de los otros, a la hora de las ganas de no separarse nunca y de tener que hacerlo siempre; porque aunque el dios del tiempo fuera dulce, un dios malo le había ganado la pelea.

María Josefa, le decían, y ella contestaba. O le decían Npñerenehe, y también contestaba, porque eso quería decir enviada-en-señal-de-amistad-por-otros-dioses-buenos. Y así como aprendió el idioma aprendió la costumbre de que nada era de nadie porque todo era de todos. ¿Se puede repartir un río donde no hay río, se puede repartir una nube? ¿Y una montaña del llano? ¿Y los hombres que no se dan abasto para su propia labor se pueden repartir?

¿Entonces por qué había repartimiento? Porque ya te lo dijimos, Npñerenehe, hoy el bueno es el dios del mal, contestaban los niños y los borrachos.

Los que tenían la vara de gobierno y aquellos a quienes más tarde se les llamaría cabecillas y movedores, la gente mayor, no osaba hablar así. Su argumento, como el de los testigos presenciales, era que se

resistían a ir a trabajar al socavón del desagüe de unas minas en Real del Monte porque los trataban como esclavos, la comida ni era suficiente ni de su gusto y los obligaban a comprarla en las tiendas del mismo patrón; además no les pagaban en tabla y mano propia sino en boletas, por medio del alcalde mayor y de la mujer de éste, que se quedaban con una parte a modo de comisión.

Pero eran malos tiempos, tiempos que pasan, pues, y había que soportar. Lo que resultó insoportable fue ver cuántos de ellos morían, quizá por la diferencia de climas; pues mientras Actopan es caluroso y seco, Real del Monte, que está a diez leguas de pura subida en una zona de bosque alto, sólo parece conocer dos estaciones, el invierno y las tempestades. Eso era lo único que ellos habían tratado de remediar, la conservación de su vida.

-¿Qué les parecería si ustedes quisieran quejarse conmigo y yo les pegara de carabinazos?, dijo María Josefa por toda explicación cuando le preguntaron qué le había pasado.

Después, mientras le curaban aquella descalabrada en forma de media luna, se tapó las orejas fingiendo dolor, pero aun así alcanzaba a oír los comentarios de su madre y de las otras mujeres.

Porque yo he oído opinar a gente letrada que de por sí los repartimientos son legales y se debe acudir a todos los medios posibles, suaves o rigurosos, benignos o severos, para llevar entre cien o cientocincuenta indios a trabajar en ese socavón, qué se le va a hacer, ¿o no, comadre?

¿Y qué será del compadrito, que no llega?

Sabrá Dios.

Jesús sacramentado.

Sangre purísima de nuestro redentor, a saber si esto sólo es el principio.

Pero si hace rato que yo vine todo parecía resuelto con la intercesión del señor cura.

Pues ya ve que no.

Cómo va a ser que no se estén sosiegos, si las villas españolas están mandado refuerzos. Ixmiquilpan cuarentaitrés hombres armados, Pachuca y Real del Monte cientonueve, Tetepango dieciocho, Atitlaquia tantos y Mixquiahuala tantos. A caballo todos.

Vendrán a capturar a movedores y cabecillas con el menor derramamiento posible de sangre, según órdenes del excelentísimo señor virrey.

—Muera Terreros el señor de las minas, guerra al mal gobierno que nos roba y no nos deja vivir en paz.— Se oía gritar afuera. Afuera, donde no hubo oscuridad, porque las antorchas estuvieron iluminando los alrededores del pueblo. Y adentro, donde cada alarido tenía puntual resonancia en la mudante dentadura de María Josefa.

Ya de madrugada la mujer de don Andrés Bravo de Hoyos respiró al verlo llegar. Decía el hombre de la casa: —Si nos fuéramos de aquí.— Estaba queriendo decidir si cambiaba el empleo de reclutador y comerciante por un pequeño amasijo en Real del Monte, como le había propuesto el dueño de las minas.

Su esposa le daba la razón; aunque al principio vivieran apreturas, eso sería preferible a estar en Actopan con el pendiente de algún desquite por parte de esta indiada ladina, inconforme y levantisca.

María Josefa interrumpió: —Ni son indiada ni son malvados. No quieren dejar a sus hijitos ni a sus mujeres, porque allá en las minas del Monte nadie los procura, se mojan y les dan insultos, y no comen tortillas, comen semitas que no les gustan.

Pues les haremos semitas para que se les quite lo delicado.

Pues yo no quiero ir allá.

Pues te llevaré a la fuerza como los he llevado a ellos, y o te me callas, retobada de tal, o te volteo un revés para que te endereces.

María Josefa, impotente, lloró por primera vez en todo el día y juró preparar las mejores semitas del mundo. Así de grandes. Y se llevó las manos a la cabeza, porque era cabezona y se figuraba que mientras más grandes más alimentarían.

Fue hasta entonces cuando el padre reparó en el esparadrapo sobre la ceja de la niña y en la dura huella de temor que marcaba a las mujeres mayores. Entonces tomó la decisión. —Nos iremos de aquí y pronto.— Tan pronto que la niña no pudo despedirse de sus amigos de Jiadhi, de Izcuicuitlapilco, de Chicavasco, de Botho, de Dataha, de Motobata, de Pohonza, de Botha, de Porraha, de Yolotepec, de Bocahas. Porque no estaba el tiempo, el tiempo malo, como para andarse con despedidas.

II

En Real del Monte María Josefa Bravo de Hoyos se propuso hacer amistad con José Felipe Galán, un mestizo dos años menor que ella.

Todo hubiera estado bien y no habría habido mayores consecuencias de no ser porque el niño sencillamente la aborrecía; quizá por razones astrológicas. A saber: el 26 de mayo de 1748, día en que nació María Josefa, fue el mismo en que cambió de orientación la obra de la inundada veta Vizcaína perteneciente al sevillano don José de Bustamante; la fecha, con todo, no habría tenido por qué ser de tan malos augurios, pues con ese cambio se abría la esperanza bien fundada de hallar más buenos resultados y menos dificultades en la extracción de mineral de ley rica. Pero hechos posteriores mostraron lo contrario. José Felipe Galán nació en 1750, año en el que la canícula realeña se adelantó tres meses y las hembras preñadas de ganado menor y mayor, sin excepción dieron a luz, en parto prematuro, las más hermosas crías de sus camadas. 1750 fue también el año en que murió de gangrena don José de Bustamante, justo cuando el nuevo socavón, tras accidentados meses de zozobra y mudanza, comenzó a mostrarse como un gran acierto. Estos dos apuntes constan en un diario que comprende, entre los partos precoces, el alumbramiento de José Felipe por una india de nombre Benita, esposa del carpintero de minas Marcos de la Cruz Galán acreditado como español. Al niño lo bautizaron la misma mañana en que el señor Terreros tomó posesión de las minas de Bustamante, con lo cual se acabó el siniestro triángulo de fechas que requiere la cumplimentación de un maleficio.

Cada tarde en que el niño iba por el pan, María Josefa le preguntaba: —¿No preferirías semitas, lindo?

Hasta que en una ocasión, a pesar de que era la tarde de más frío en todo ese año de 1758, José Felipe sintió ardor en las orejas, no nomás por lo que aquella bellaca le decía sino por su mirada pegajosa, de miel silvestre.

Están calientitas, recién sacadas del horno. Si no te alcanza para pagarlas te las regalo.

Al niño, que no solía hilar ni siete palabras ante extraños, le irritó la insistencia. Sólo quería pan común pero enfrentó la oferta como lo que acabó siendo, como un desafío para una lucha de vida o muerte: —Digo a su merced que quiero roscas, soletas, puchas, bollos de manteca, pan blanco y francés, pero no semitas. Semitas no. ¿Me entiende por la lengua o quiere que se lo diga con trompadas?

María Josefa aflojó los tres reales y medio que él le había entregado y aprovechó que lo tenía de espaldas para acomodar las

monedas junto a todo el pan que entró en el cesto: —Aquí va lo que pides, más lo que te sirvas aceptar, lindo.

La escena se repitió casi igual días después, pero ahora en presencia de don Andrés Bravo de Hoyos. A partir de ahí a José Felipe tenían que darle coscorriones en su casa para obligarlo a ir por el pan, y a María Josefa la sometían al mismo tratamiento para que no anduviera lindeando a los inditos.

Para entonces se plantaron en Real del Monte medio centenar de casas con pobladores que venteaban el olor de la buena ley y venían de San Felipe el Real, Durango, Guanajuato, Zacatecas, Sultepec y, desde luego, de Zimapán, Pachuca y Atotonilco el Chico. En parajes boscosos y en las escarpaduras, pero más aún cerca de las minas orientadas al norte, se instalaron pulquerías que obligaron a superarse a la gran taberna de Antonia la Gorda. La calle más formal, que corría de la parroquia de la Asunción al cordón de tiros de la veta Vizcaína, uniendo el norte con el sur del Real, vio florecer comercios antaño improbables, como el amasijo de los Bravo de Hoyos, que con algunas gestiones del alcalde mayor de Actopan para conseguir a cinco o hasta a cuatro pesos la carga de trigo, se convirtió en panadería de ocho tahoneros, dos horneros, dos aprendices, un mayordomo y el cajero.

Don Pedro Terreros, caballero de Calatrava recién casado con una criolla noble, único dueño de la veta tras la defunción de su socio Bustamente, compró más haciendas para beneficio de mineral y casa de mampostería con vista al lado del socavón para vigilar día y noche los trabajos del desagüe. Y el cura interino, que llevaba años y felices días ahí, dejó su lugar al cura propietario, un doctor: no un bachiller ni un licenciado sino todo un doctor en teología.

En menos de un año, cuando no se hablaba de otra cosa que de la muerte del rey Fernando VI y de la riqueza de Terreros, José Felipe y María Josefa ya no necesitaron coscorriones. Sin formularlo nunca y cumpliéndolo siempre, los Josefos establecieron un pacto de circunstancias, ella no lo molestaría con piropos y él aceptaría una semita cada viernes. Para entonces ya había muerto la madre de José Felipe, la única de la familia Galán a la que le disgustaban las semitas. Hay quien murmura que en realidad ella siguió desaprobando esa costumbre aun después de muerta y que de ahí vino la maldición que se haría sentir después, pero eso no parece más creíble que los cálculos astrales ni hay manera sólida de asegurarlo.

III

El día que el túnel terminó de cruzar por abajo todo el pueblo y fue el boquete por donde comenzó a desaguarse la veta Vizcaína, la fiesta fue tan grande que hasta a las niñas y a los caballos les hicieron caireles, y casi se olvidó la reciente jura de lealtad a Carlos III, el nuevo rey borbón de quien la minería de México iba a tener tantos valimientos. Ya para entonces el compañerismo de los Josefos, María Josefa y José Felipe, era más fuerte que la unión de ambos con sus respectivos hermanos de sangre; más todavía, los casi adolescentes, de rasgos dulces y tez de alámbar traslúcido, parecían haber pactado, una vez más, ahora para desvanecer la diferencia de edades y de color. Y hasta hubo quien los creyó gemelos. Él, al embarnecer con rapidez, disimulaba un poco esa hermosura escandalosa que la envidia y el chismorro atribuían al desordenado influjo de la cañicula de medio siglo. Ella, entre lo infantil y lo femenino, en medio de la inocencia y el saber, dejaba que sus caireles naturales crecieran para que todos los admiraran; sólo una cicatriz sobre la frente, en forma de media luna, cernía un polvillo terrenal sobre su luz angélica. Don Andrés Bravo de Hoyos mismo, al verla, se asombraba de que su hija fuera tan hermosa y de que el tiempo pasara tan veloz.

Y serían los celos de los hermanos, que se sabían malqueridos, o el ocio de las comadres que buscaban especies para hacer más sabrosa su plática. El caso es que un rumor que manchaba la honra de los Bravo de Hoyos tuvo peso de verdad.

Don Andrés, como todos los principales del pueblo, había acompañado al dueño de la Vizcaína en su desfile triunfal. Un cortejo precedido por cajas y clarines y compuesto por jinetes en monturas con terciopelo bordado de oro y plata en bridas y pasamanería, inauguró la sinuosa calle del sur, dio varias vueltas a la calle central y terminó en el cementerio de la parroquia de La Asunción.

De manera que mucho antes de llegar a su casa, al salir del callejón del Calvario y entrar en el del Aguatoche, en un cruce donde las guirnaldas de abeto se esparcían por el empedrado, don Andrés Bravo de Hoyos ya estaba al corriente de que su hija había partido plaza durante toda la fiesta acompañada del hijo del ademador Marcos Galán; que la pareja había recorrido el pueblo, todo flámulas y gallardetes, colgaduras y tapices, a lo largo y a lo ancho, desde el socavón de Morán, por donde brotaba una jubilosa cascada, hasta los rumbos del

Hiloche, antes de perderse de vista por los malafamados territorios de Antonia la Gorda, quien ese día estrenó persianas y ofreció variedad de cancioneros y bailadoras. Y que el querrequetear de cante grande y chico, fragüero o con guitarra, el sonar de peteneras y el cantar de fandanguillos se estuvo oyendo hasta muy tarde como para saber a ciencia cierta si algo pasó o no pasó entre Felipe y María, entre los Josefos, como les apodaron desde entonces.

El padre de ella no se entretuvo en averiguaciones. Le bastaba haber visto, sin malicias ni recelos de su parte, los encuentros diarios en la panadería, los pasteles que ella daba a cambio de las muñecas que José Felipe tallaba en roble. Y ese resol canijo al que ella se exponía de propósito, ¿para qué otra cosa era sino para más parecerse a ese ladinillo de color quebrado?

Sabrá Dios si recordando sus buenos tiempos de recogedor, don Andrés no hubiese muerto a su hija y a José Felipe de haber comprobado alguna pérdida de honor. Pero la madre de María Josefa, que estaba a punto de morir de tanto hijo, tuvo su único y último asomo de rebeldía al oponerse a que la adolescente fuera revisada. Entonces el padre fue menos drástico.

Tras la penitencia de chirrión, ayuno y calabozo de dos días, el próspero comerciante de treinta años advirtió a su hija que si volvía a verla con José Felipe la metería en un convento.

IV

Los años siguientes fueron de bonanza. La Vizcaína rendía de noventa a cien mil marcos de plata al año. Barracas, jacaes y aun mansiones, proliferaron al punto de formar una villa más poblada y vivaz que la noble y leal ciudad de Nuestra Señora de la Asunción y Real y Minas de Pachuca, la cabecera del distrito, situada legua y media hacia abajo, en el cañón donde termina el valle del Anáhuac.

A diario salían carretas con mineral rumbo a las haciendas de beneficio del señor Terreros, quien además de abrir o conchavarse las tiendas mejor abastecidas del Real, comenzó con su ambición de ser el dueño absoluto de las minas realmontenses y pachuqueñas; y así el único que resistió la mano suave de sus empréstitos y la mano dura de su antagonismo fue el propietario de la mina de Morán, a quien más temprano que tarde también le llegaría su hora.

Como tantos otros jóvenes, el hermano mayor de José Felipe entró de barretero a las minas de la veta Vizcaína; y también, como muchos otros, podía vestir de combray o paño fino y beber vino blanco superior, de peralta o carlón, licor de pompeller o quirraleño de parra en la taberna de Antonia o en otras que también tenían doble piso y donde las parrandas y los juegos de naípe, truco y bolos le hicieron competencia a las corridas de toros, a las peleas de gallo y aun a la maroma y al teatro.

José Felipe, estimulado por las ganancias extras que obtenía su hermano, sabedor de que la renuencia de los indios hacía urgente la mano de obra, entró a la Vizcaína. Pero sólo consiguió contratos de faenero con paga de tres reales, sin derecho al pago extra denominado partido.

No es que fuera un niño todavía, pues no aparentaba doce ni trece sino dieciséis años o más, era que cada mes crecía el número de esclavos adquiridos por Terreros para explotar más veta y compartir menos ganancia en mineral.

María Josefa, por su parte, creyó llegado el momento de unirse a José Felipe. A los quince años se le iba acentuando su levedad de ángel; en apariencia se volvía cada vez más menuda y era como si su organismo no asimilara nada aparte de José Felipe. Mientras, por el contrario, la madurez física de José Felipe se hacía cada vez más notoria.

Don Andrés Bravo de Hoyos, empero, encontró ridículos los planes que su hija le planteó. Qué casarse ni qué ocho cuartos, escuintla del demonio. Ella, desesperada, buscó refugio en sagrado, inaugurando con ello una tradición realañera de mucha fama: el asilo parroquial a las mozas incomprendidas.

El doctor Díaz, cura de grandes luces y predicador de prestigio virreinal, había sido algo inestable cuando era bachiller. Nunca, sino hasta esos tiempos de esplendor, supo a cabalidad que si lo habían enviado a un real minero era, a la vez, como una vía de enmienda y para plantearle un desafío digno de él. Así que estaba curtido como para sorprenderse, y escuchó sereno la decisión de la joven de contraer nupcias con un pilcate de trece años que ni siquiera conocía el proyecto matrimonial. Por lo tanto le ofreció lo que a su juicio era el mejor remedio para todos: un año de estudios en el colegio de Santa Rosa de Viterbo, en Querétaro, para que lo pensara bien.

Si no tenía inconveniente saldrían mañana por la mañana. María Josefa, viendo la seriedad con la que el Dr. Díaz trataba su asunto, no tuvo otra que aceptar. Pero antes pidió ver a José Felipe.

Pese a ser de madrugada el muchacho llegó a la sacristía llamado por el cura, y ahí se quedó mudo de perplejidad como en los tiempos en que no podía hilar siete palabras. Ella le narró la huida de su casa y la propuesta del cura, rogando a Dios por dentro que él se opusiera. Del matrimonio no dijo una palabra.

Él, por lo poco que pudo hacerse entender, parecía estar de acuerdo con el señor cura. Éste los dejó a solas para que se despidieran.

Ella se revolvió diciendo: —Me iré entonces a Querétaro, me cambiaré el nombre, me... lleva la chingada.

V

El alejamiento sacudió a José Felipe antes de mediar el año. No necesitaba a María Josefa pero un impulso ciego y desolado de estar con ella terminó adueñándose de él. Una grieta que se le había estado abriendo desde niño, algo en el alma que únicamente ella podía contener, por lo menos durante los ratos que permanecían juntos; algo que en ausencia de ella le dolía de muerte.

Y así fue como un día, a la hora de comer, José Felipe le comentó a don Marcos el suceso más importante de su vida:

Acabo de escoger hembra, tata.

El ademador iba a recordar aquella frase durante toda su vida como el momento en que más equivocado estuvo respecto de cualquier cosa. Feliz, había devuelto al plato, sin probarla, una gordita de arvejones; creía que su hijo predilecto, tan retraído y dócil, confesaba su intención de empezar a probar hembras. Sin embargo el tiempo acabó por desencantarlo: lo del chico no eran ganas de estrenarse, pues no tenía necesidad, era deseo de ser el hombre de una mujer, de una sola, carajo, y para siempre.

¿No has de querer casarte, verdad? No serás tan loco para agarrar la juega precisamente del lado por donde termina, ¡y peor con ésa que es como de tu sangre y que desde chamaquilla mostró gustar calzones más grandes que los tuyos!

La respuesta, sedosa, latigueante, siempre fue la misma: —Pues ya le dije a usted, tata, con el respeto debido. Escogí a doña María Josefa Bravo de Hoyos.

Hasta que no hubo otra salida que consultar al cura.

Sorprendido, ahora sí, de que sin hacérselo saber el uno al otro, los Josefos hubieran llegado a la misma conclusión, el Dr. Díaz hizo ver a Felipe que María se había puesto a estudiar y le aconsejó hacer lo mismo. Si al regresar seguía con la intención de casarse, y si ella lo aceptaba, él los uniría ante Dios.

¿Que a dónde ir? A cualquier lugar, hombre, lejos del Real, eso sí, donde la abundancia no parezca veneno ni el mayor derroche sea el de los escándalos de quienes saben que pueden morir en la siguiente jornada; lejos de esta violencia de capataces y reclutadores de mano de obra, de las disputas cada vez más agrias por el partimiento de metal, ¿y sabes cuántos mandé encerrar por haber puesto la mano en sus esposas o por robarse a sus concubinas?

José Felipe partió hacia Actopan, la tierra donde estaba sepultada su madre y el lugar donde el Dr. Díaz lo recomendó.

Don Marcos renegó contra las influencias de aquella canícula precoz habidas en el nacimiento de ese hijo suyo. Se dice que ahí fue donde se remachó la maldición contra el muchacho y que de ahí en adelante, hiciera o no hiciera, se moviera o no, la maldición iba a seguirlo sin remedio.

Ni por Dios ni por los santos te la quitarás de encima porque para mí es como si hubieras muerto, dicen que le dijo su padre (pero eso no se asienta en ningún lado ni tampoco José Felipe lo quiso confirmar).

Más pronto de lo que hubiera creído, José Felipe aprendió el alfabeto. Entonces escribió varias cartas a la parroquia de La Asunción para que el Dr. Díaz le hiciera el favor de repartirlas.

Después de leerlas todas, incluso una que venía lacrada y a nombre de María Josefa, el cura pasó de la admiración a la suspicacia y de ahí a la perplejidad. Aquella caligrafía de amanuense no podía ser de un casi neófito; tal vez José Felipe había encargado a alguien, un bachiller o un licenciado, que se las escribiera o por lo menos que se las pasara en limpio.

¿Pero entonces qué sentido tenía lacrar un secreto que ya conocía un extraño? Porque todas las cartas expresaban en esencia un mismo

deseo: buscar donde fuera a María Josefa e intentar una reconciliación. Y la caligrafía era idéntica, una caligrafía que cualquier amanuense hubiera envidiado y que José Felipe iba a conservar hasta en el último grado de desesperación, cuando su vida, su felicidad y la felicidad de sus seres amados no tuvieran más esperanza de redención que unas letras de súplica.

El cura le contestó que ella había regresado de los claustros de Santa Rosa y estaba en el Real, pero le recomendó que aguardara unos meses en Actopan o en México porque esto parecía un polvorín.

Las tandas de indios son muy irregulares, a los esclavos los tienen para La Palma, la mina de mejores leyes, y muchos operarios libres, como tu hermano mayor, se niegan a trabajar con don Pedro Terreros porque su gente les escamotea el pago de partido, de modo que para lograr pueblo bastante se emplean recogedores que lazan cristianos y los conducen como bestias a los tiros de la Vizcaína. De María Josefa no hay que ocuparse por ahora, que ella está tan segura en su persona como lo están sus sentimientos, a fe de confesor suyo que soy. Conque, a México. Y a Dios ruego te guarde muchos años, etcétera.

En los puntos finales erraba el cura. Porque a María Josefa le había salido pretendiente: un barretero de los que más partido sacaban, algo bravucón y cerril pero con intenciones serias y cuatro huerfanitos, viudo él.

Además el Dr. Díaz pareció olvidar que ya casi no confesaba.

Ella no había mudado de parecer, al contrario, cada tarde indagaba con los hijos del ademador o iba a la parroquia. Pero de lo único que pudo enterarse fue de que José Felipe andaba en México sin motivo y no tenía para cuándo regresar, así que en el último arrebató de su vida ella volvió, después de más de un año, a la casa de su padre.

Estando en México José Felipe se enteró por boca de su antiguo compañero, el operario guanajuatense José María Vidal, que una comisión de trabajadores de las minas había ido con el virrey a entregar un pliego donde se reclamaban más velas de sebo, buenas cuñas, derecho a laborar en los planes de La Palma, respeto del partido, cese de recogedores y quién sabe qué más.

Por lo pronto las minas de Terreros estaban cerradas, en protesta porque en Pachuca no les querían hacer justicia a los barreteros y peones. Y aunque Vidal y Galán fueron testigos, como consta, de que

el virrey les había dado la razón a los operarios, las autoridades pachuqueñas no acataron la orden y, peor todavía, con la ayuda de los capataces y recogedores de Terreros arrestaron a cuatro de los que fueron a México.

VI

A las diez comenzó el primer repique de cuantos habrían de sonar, con intervalos de un minuto, en todas las iglesias de la ciudad de México, para celebrar cada año transcurrido entre éste y el de la rendición del imperio mexicano a las armas españolas. Vidal aturdido y José Felipe como si no estuviera, se sumaron al gentío que atiborró la calle para ver el acostumbrado paseo del pendón real, que se grabaría en el recuerdo porque fue el último de los últimos en donde las personalidades que encabezaban la ceremonia eran, en su mayoría, gente criolla de estos reinos y no españoles de Castilla. En otras palabras, desde el año siguiente, que fue el de la expulsión de los jesuitas, hasta la época de la revolución de independencia, el festejo por el triunfo de don Fernando Cortés nomás lo celebraron aquellos a quienes siéndolo no les pesaba ser gachupines y recibir ese apodo.

Maravillado Vidal, indiferente el realeño, miraron pasar hacia la iglesia de San Hipólito las órdenes religiosas, los gobernadores indios disfrazados a la usanza antigua y las jerarquías civiles y del clero en bien sopandados carruajes, a pie o en caballos con gualdrapa, bajo palios de damasco, con terciopelo y forros de tafetán, paño catorceno y encajes de armiño.

Siempre en trance, José Felipe se dejó conducir por su amigo a todos los rebumburumbios divinos o profanos, hasta por ahí de las cuatro de la tarde, hora en que terminó de resonar la última de las 425 campanadas y ellos tomaron el rumbo de la villa de Guadalupe con la intención de volver a sus casas.

Al día siguiente todo parecía resuelto en Real del Monte. El dueño de la Vizcaína accedió a dar el partido.

Entre las expresiones de contento por la avenencia destacó un casorio al que asistió María Josefa y su familia. Después de la comida, el viudo aquel que la galanteaba encaró a la joven: —Sé por qué me

rechazas, sé del Galán ese más de lo que piensas. Pero, óyelo bien, ya no eres tan joven y te quedarás esperándolo.

Las cosas no hubieran pasado de ahí. María Josefa pudo contestar qué sabe vuestra merced de nada, semejante baladrón, yo no espero a nadie y los dieciocho años de mi edad son asunto mío. Sin embargo sólo inclinó la frente. —Piénsalo bien, muchacha, yo ya no soy un simple mocoso barretero, yo tengo cuatro hijos y soy recogedor. Ninguno de estos muertos de hambre te puede ofrecer más seguridades.— Ella se echó a llorar.

Tal gesto de sumisión indignó a don Andrés más de lo que le habría indignado uno de los antiguos arranques de su hija. Ahí mismo se quejó con el cura. Y el cura, que de por sí no necesitaba mucho combustible para encenderse contra el antiguo barretero metido ahora a lazador de gente, se prendió más y fue por el comisario.

De modo que el nuevo recogedor paró ese mismo día en la cárcel de Pachuca.

Que nos obligue a verle la jeta a los justicias cada que bebemos, reñimos o le pegamos a las mujeres, vaya y pase.— Dicen que dijo el viudo. —Que ande defendiendo a los barreteros y los solivante en sus peticiones, también. Pero que nos haga competencia con muchachitas cuzcas que los de sotana no tienen derecho de desear, eso no tiene perdón de Dios. Cuantimemos de mí, ya lo verán.

Vidal no aguantó el paso de Felipe y le pidió parar en San Bartolomé de los Tepetates, una hacienda a cuatro leguas de Otumba, el último sitio donde los mexicas resisitieron a las tropas conquistadoras de don Fernando Cortés, en cuya conmemoración ahí se registraba el cambio de mando entre el virrey entrante y el saliente. Y como esos días eran las vísperas para despedir al marqués de Cruillas y recibir al marqués de Croix, la fiesta estaba en grande y Vidal y Galán pasaron ahí la noche.

El muchacho, ebrio por primera vez en su vida, contó a Vidal con pelos y señales su historia y la de María Josefa. El hombre, más aburrido que borracho, lo oyó sin decir una palabra y al final dictaminó antes de quedarse dormido: —Si tú en tanto la estimas, si ella te mandó allá lejos, si el cura te pone a tocar la flauta por donde los burros mean y si los padres tuyo y de ella no consienten, ¿qué más queda, compadre, sino robártela?

¿Robársela? José Felipe no durmió. Sí, no había de otra. Durante los días siguientes iba a sentir hundido el pecho y nubes de algodón a cada paso. Robársela.

En la siguiente caminata los papeles se cambiaron. Ahora, mientras Vidal fue el de andar ligero, José Felipe fue el de la pachorra. Pachorra o paso de buey, no sólo por la resaca o por el traspasado sino por la decisión.

Robársela, no, sí, no, sí. Mejor no, pero, ¿cómo vivir sin robársela o de dónde gastar más calzones que ella?

Malicioso, no por prisa sino por darse gusto de hacer repelar a su amigo, el barretero Vidal consiguió una mula retinta para él y un potro color grullo para José Felipe, y así pudieron avizorar el Real a eso de las cinco de la tarde.

En Azoyatla supieron las nuevas de las minas. El trato no se había cumplido y los operarios volvieron a interrumpir labores; la gente de Terreros intentó forzarlos y estalló el motín. Hasta allá se oían la vociferación y los repiques. El alcalde mayor de Pachuca y el capataz de La Palma (sic) estaban muertos, rotas las cuerdas de los malacates y quebrantadas las cárceles del Monte y de Pachuca.

Un tal Salvador les ofreció albergue, por si acaso. José Felipe aceptó.

En la sacristía de La Asunción, en Real del Monte, María Josefa veía caer goterones de las ramas de encino y de las musgosas cejas de los aleros. Parecía una lluvia como cualquier otra, los hilos de agua trezaban arroyuelos que en poco rato se convertían en cataratas. Pero esa tarde todo era distinto; ahí, a un codo de ella, y no precisamente para librarse de la tempestad, estaban don Pedro Terreros y sus capataces.

La joven, ignorándolos, hojeaba los gruesos infolios parroquiales: casamientos de castas, bautizos de no españoles, muertes. Muertes.

Oía el aguacero, el cantar del Alabado, los planes de fuga y venganza de don Terreros y su gente, administrador, mandones y recogedores a quienes el Dr. Díaz acababa de salvar del linchamiento.

Pensaba en su niñez, en la niñez, tan breve en estos parajes donde los hombres envejecían a partir de los quince años, donde pocos pasaban de los treinta, y tres mil, casi uno diario, habían muerto por las minas durante los ocho años que ella llevaba de vivir aquí; recordaba

los tumultos de Actopan, sus amigos de Jiadhi, de Izcucuitlapilco, de Chicavasco, de Botho, de Dataha, de Motobata, de Pohonza, de Botha, de Porraha, de Yolotepec, de Bocahas; recordaba las semitas de los viernes, el rostro del hombre al que ella esperaba, un rostro a punto de borrarse.

Después de la media noche todo estuvo tranquilo y el señor Terreros y sus segundos salieron embozados; entre ellos iba el recogedor viudo y padre de cuatro hijos. María Josefa, clavada en aquel recuerdo de sí misma a los nueve años, cuando su padre dejó su oficio de recogedor en Actopan, no supo o no le interesó traducir la mirada de odio que le echó su antiguo pretendiente antes de salir huyendo.

VII

José Felipe regresó tres días después del tumulto y se casó con María Josefa en diciembre de ese año.

En el Real, las minas estuvieron a cargo de un administrador de Terreros, después de que el Dr. Díaz supervisó la reparación de los malacates, dejando los desagües y el partido en justa observancia.

Un alto dignatario de la Real Audiencia, comisionado por el nuevo virrey vino a efectuar averiguatas con las resoluciones siguientes: se condenó a destierro temporal de veinte leguas a algunos barreteros y peones, se elaboraron ordenanzas para reglamentar el pago del partido y se reconoció una diputación oficial de operarios, electa por ellos mismos, para dirimir controversias.

Los asesinatos del alcalde mayor y el capataz quedaron sin resolver, y una acusación de Terreros en el sentido de que el cura fue el motor de la violencia se calificó de chisme insustancial.

Las disputas por el partido continuaron; unas veces se dio la razón a los trabajadores y otras al patrón, quien vivía en una de sus haciendas y se negaba a volver al Real.

En los primeros meses de embarazo, la personalidad de María Josefa culminó una transformación que ya anunciaba desde su regreso a la casa del ahora difunto don Andrés Bravo de Hoyos. Su rebeldía se cambió en entregada mansedumbre, aunque hay quienes dicen que todavía antes de esfumarse conservaba íntegra su fuerza de voluntad.

En José Felipe la decisión de elegir hembra, expresada a su padre cuando tenía trece años, se fue fincando en hechos. Un tumulto en la

mina de Morán, el final y el más reciente, le dio oportunidad de conseguir trabajo de malacatero. También abrió el afamado molino de Buensuceso, donde María Josefa procuraba a los indios provenientes de Actopan, que no eran muchos, pues las quejas y la oposición contra el repartimiento para el trabajo de las minas no sólo no disminuyó sino que se extendió a otros pueblos y duró toda la vida que vivió don Pedro Terreros.

Cuando los Josefos, es decir los Galán Bravo ya tenían dos niños, una de tres y uno de un año, y María Josefa esperaba otro, se reabrieron las averiguaciones de los tumultos pasados, en especial los de la veta Vizcaína.

Era un aviso del apoyo que el rey Carlos III pensaba dar a la minería. Aplacar a los espíritus inquietos, exterminar toda polilla perniciosa en los minerales. Bajar el impuesto de la plata y el precio del azogue, que en adelante se surtiría mejor; conceder títulos nobiliarios, abrir un tribunal para la minería y más.

Durante la reanudación del proceso judicial el dueño de la Vizcaína, ahora conde de Regla, encontraba el tiempo propicio para cumplir varios propósitos, como extirpar la rebeldía de Real del Monte —con todo y cura, por supuesto—, como borrar hasta de la memoria el nombre del partido y como obtener mano de obra más barata, esclava, indígena y libre, de las tres.

Y así fue como en junio de 1770 rindió declaración judicial un recogedor, antiguo operario de minas y vecino de Real del Monte, viudo español que el día del tumulto acontecido hacía cuatro años salió de la cárcel cuando los sublevados rompieron las rejas. Él aseguró haber visto entre los alborotadores al tal José Felipe y al hermano del tal.

En el interrogatorio, los dos hermanos Galán juraron inocencia, pero aun así salieron de Pachuca en cuerda de reos, todos gente conocida, con grilletes en pie y mano y con escolta de dragones.

María Josefa y otras mujeres y madres de aprehendidos imploraron la intercesión del cura, pero éste ya bastante tenía con su propia defensa por las acusaciones que don Pedro Terreros le hizo como soliviantador, así que les aconsejó resignación ante los designios del cielo.

Y aun cuando el Dr. Díaz recabó testimonios favorables y pruebas contundentes de inocencia en favor de sí mismo, el virrey marqués de Croix y el arzobispo Lorenzana terminaron por separarlo de su parroquia. ¿Cómo andarían los tiempos?, comentaba Vidal.

VIII

José Felipe no había probado ni agua desde que salió de Pachuca. Eso y la fatiga o quizá la angustia de imaginar que la detención fuera a durar un mes o dos, en estos tiempos en que ya no sabía apartarse de su familia ni siquiera una semana, el caso es que en el trayecto sufrió su primer ataque, entre Cempoala y Teotiguacan, aunque otros dicen que fue entre esta villa y la de Ecatepetl, para más señas a medio albarredón.

La galería que llevaba a las mazmorras le recordó los socavones. Oscuro oleaje de humedad ascendía hasta la bóveda y el piso era una víbora en acecho. Hoy cumplía dos meses sin ver a su familia y uno de estar en la Real Cárcel de Corte; acababa de comparecer ante el juez para repetir que era inocente.

Un rechinado, el carcelero empujaba una puertita y con las manos movía el hachón indicándole que pasara. Una espesa jauría de sombras, balbucesos y vapores saltó de aquel sepulcro manteniendo el borron de luz en el umbral. José Felipe dio un paso y cayó al fondo, encima de alguien.

Ahí tuvo su segundo síncope. Y como a quien vio primero al volver en sí fue a su hermano, creyó que todo había sido una pesadilla. Pero la realidad de la prisión apenas demoró un instante en imponerse.

Tras la de su hermano había otras caras realeñas; nomás mirándolas se podía saber el tiempo que llevaban ahí. Su hermano, con dos meses, rebozaba tiña, llagas, tos con poca sangre, y no obstante aún parecía vivo. En otros la facha era de cadáveres aunque estuvieran sanos, como un lenguaraz llamado por mal nombre El Zapatero, que presumía de todo, hasta de poderles dar la libertad a los realmontenses. José Felipe sentía desprecio por él, y de paso por los demás. No había hablado con nadie, ni aquí ni en el camino. Ante el juez, solamente, si es que eso era hablar.

Tampoco ahora hablaría, tampoco con su hermano. Y si en la vigilia lo exasperaban las historias, las quejas, los rezos, por la noche lo molía tanta lamentación y tanto grito, sobre todo los incomprensibles gritos. Los odiaba y se hacía el propósito de remachar su aislamiento, de morir para ellos, morir solo.

Hasta que en una ocasión se soñó libre, en el rumor de las encinas, acompañado de María Josefa, bajo la fría lluvia del Real, junto a sus hijos, por el llano de la Cañada, por el de Ixtula, en El Peñal, en los

aguajes del Licenciado, en el molino de Buensuceso. Todavía con la sensación de los dedos de su hija mayor al despertar, oyó sus gritos y comprendió los gritos, comprendió que él era igual a sus compañeros, uno más.

Pero hubo pesadillas más atroces. El Zapatero soñó que estaba en el infierno. Llamó a todos y les recalcó que podía darles la libertad, pero ahora no lo dijo por presumir. Lloraba. Él era uno de los asesinos del alcalde mayor de Pachuca y ansiaba dictar su confesión.

José Felipe se encargó de la escritura; quería fallarle el pulso pero el deseo de seguir era más fuerte. “Por la sublevación y el homicidio ejecutado en la persona de dicho alcalde se hallan presos más de cuarenta hombres y mujeres de bien. Y haciéndome cargo de conciencia padecer tantos por dos, juro a Dios Nuestro Señor y a la Santa Cruz, que estos miserables y sus familias padecen injustamente, por no haber cometido ellos el crimen sino yo y un compadre mío, porque veníamos de una boda y todavía estábamos ebrios...”

¿Hacía falta algo más? Para mayor seguridad, José Felipe y otros escribieron una súplica al virrey. Ellos no habían estado en el tumulto, les torturaba pensar en sus familias y en el porvenir de sus hijas doncellas, acá de nada tenían noticias desde seis meses atrás; los autores del crimen estaban confesos...

IX

Entre la desesperación y la esperanza llegó el fin de año, y con él un invierno que arañaba hasta el tuétano. La respuesta a sus oficios nunca llegó. Una y otra vez José Felipe despertaba con gritos, hasta que la esperanza le quitó el resuello.

Escupe un manajo de sangre. Presiente que estallará. Acuden a él. —Aguanta, gime su hermano, ya falta poco, los trámites van bien, los testigos, nuestra inocencia, sí, sí. Llaman al médico y al cirujano; entre éstos y el receptor que extenderá la certificación correspondiente lo transportan a donde hay aire, pero eso a él ya no le interesa. De pedir un deseo pediría estallar, aunque eso signifique dejarla sola a ella, a ellos. No, no. Quiere volver atrás, pero no tiene ni brizna de aliento con qué arrepentirse. Y sentir que ya no puede arrepentirse es lo último que siente.

Fueron treinta fantasmas recién salidos de la tumba, con una película de lodo duro en el cabello y en la piel, quienes aparecieron en harapos al sol de la plaza mayor el 28 de junio de 1771, apoyados en bordones o sosteniéndose entre sí, vivos y libres, para azoro de cuantos los vieron. José Felipe, más callado que antes, permanecerá en la cárcel hasta el 16 de enero de 1772, a pesar de que tres testigos han verificado a plenitud su inocencia: un curtidor, un albañil vecino suyo y José María Vidal, barretero y mestizo guanajuatense de 24 años, que vivía en Real del Monte desde los ocho.

Vidal, por cierto, fue quien depuso la historia en que se basa este escrito. Para más señas después de un empape en aguardiente de muy señor mío en la taberna de Antonia Chica, la hijastra de Antonia la Gorda.

A excepción de José Felipe y de una decena más, todos los hombres y mujeres detenidos a partir de acusaciones ligeras o de mala fe, quedaban en libertad e iban felices, aunque sabían que a su retorno encontrarían cambios.

El Dr. Díaz y tantos otros, familias enteras, ya no estaban. María Josefa había quitado su molino y nadie sabía de ella. Nomás las tiendas del conde seguían vendiendo. Lo de Antonia la Gorda estaba en decadencia. En forma paulatina, irremediable, el pueblo regresaba a la época anterior al socavón y sólo las pulquerías prosperaban.

Sin embargo el conde de Regla, don Pedro Terreros, seguía alejado de sus minas. Las gestiones de virreyes, visitadores, fiscales y jueces lo contentaban poco, y todavía fue menos de su agrado enterarse de que muchos a quienes él consideraba sus enemigos habían vuelto al Real.

X

En la mañana de un día ya mencionado, otro fantasma sale de la Real Cárcel de Corte. Es José Felipe y no causa ningún asombro. Ni lástima ni burlas. De hecho no lo miran.

El nuevo virrey, don Antonio María de Bucareli, queriendo congraciarse con el conde de Regla sin tener que llegar al extremo de abolir el partido, ordenó de un plumazo el destierro, “por toda su vida, a una distancia no menor de veinte leguas del Real y Minas del Monte”, para ochentatrés personas entre las que se incluían los enjuiciados, absueltos o no. Y aunque entre otras anacronías y dislates

se enlistaban varios difuntos, a José Felipe no lo tomaron en cuenta. Al ver la nómina de los desterrados perpetuos no encuentra su nombre y decide regresar.

Vuelve con la convicción de que lo están esperando su mujer y sus tres hijos. Él, la verdad, ya no tenía esperanza, la esperanza había estallado. Y con la esperanza, que viene de afuera, se le alcanzó a quebrar algo dentro; algo, no sabía qué, que lo forzaba a permanecer clavado en ese instante de flaqueza cuando decidió abandonar todo y huir de aquel dolor, de aquella asfixia. Porque ahí sucedió como si algo se le reventara para sorber la voluntad del universo, de su vida; para desaparecer esa grieta que traía desde niño. Para desaparecerlo. Pero hoy, al comprobar que era libre de volver, salió en la hora, salió volando.

El Real y Minas del Monte queda a veinte leguas de la ciudad de México, a una jornada de camino andada con bastante espacio. Primero se llega a Pachuca y después, tras una legua de subida por el rumbo de la Cruz de los Ciegos, se encuentra el caserío y las minas, entre cuevas y bosques de encinos; la parroquia, las capillas de Santa Rosalía, Solontla, Veracruz, y el sembradío de techos andaluces de teja cocida.

Pero José Felipe tiene apuración y llega por Azoyatla al pardear la tarde.

Sin embargo viene y es como si al mismo tiempo no viniera. No puede preguntar a nadie por su mujer, no tiene cuerpo ni palabras.

Es el único del Real cuya desaparición fue certificada por el doctor, el receptor y el cirujano de la Real Cárcel de Corte con fecha de 13 de enero de 1771, día de san Gumersindo. Por eso no está en la lista de los desterrados, pero también por eso llega y es como si no llegara.

En muchas ocasiones se le puede sentir por estos lugares, en otras anda por Bolaños, Sultepec, Real de Catorce, Taxco, El Oro, Guanaajuato, Durango, Zacatecas, Parral, Santa Rosalía, Cananea o San Felipe el Real. Anda por los túneles, en las lumbreras, en los tiros, en los socavones. Por ahí, por donde cree que va a encontrar a María Josefa, a su mujer.

Los que algo saben dicen que tal vez si la buscara por el nombre de Santa María de Npñerenehe, auxiliadora de los otomíes; que si la buscara en el Jiadhí, en Izcuincuitlapilco, en Chicavasco, en el Botho, en el Dataha, en Motobata, en Pohonza, en el Botha, en el Porraha, en

Yolotepec, en el Bocahas, en los alrededores de Actopan, tal vez daría con ella.

Quienes de minas saben, que no son pocos, cuentan que María Josefa era celosa y que se fue de ahí sin esperar explicaciones ni iniciar averiguatas cuando una de las liberadas le dijo, por decir o porque la aconsejó el diablo, que José Felipe se había ido a casa de la virreina, de quien recibía favores a cambio de ya se imaginará qué, comadrita. Esto, claro jamás pasó de ser un chisme insustancial, propio de lugares chicos e infiernos grandes, pero Josefa no tenía medios ni luces para averiguar su falsía, así que se fue o se perdió junto con sus hijos o, como platican los que sólo a medias conocen y lo demás lo inventan, perdió su cuerpo y sólo conservó el alma de mujer, como toda mina verdadera.

¿Que por qué se convirtió en mina? Por ser celosa, por comportarse como una recogedora de almas y por haber andado desafiando voluntades paternas desde que era una criaturita de nueve años.

Ahora que, quienes más saben, aseguran que nada de lo dicho es cierto y que no hay manera de que José Felipe la halle, porque él no puede salir a la superficie y ninguna mujer, así sea la Virgen María, puede bajar nunca a donde él la anda buscando.

Por mi parte yo, que platicué con gente enterada y me quemé las pestañas averiguando el caso, en verdad les digo que José Felipe sí encontró a María Josefa, aunque no sé bien dónde ni cuándo. Pero conociendo en la medida de lo posible a las mujeres podría jurar que ella lo convenció de permanecer en el fondo de las minas; primero para demostrar que no todo allá es infierno, y segundo para ayudar a los necesitados cada vez que se ofrezca.

De otro modo, ¿cómo se explicaría la comprobada presencia del tan mentado duende de las minas?



LATIN AMERICAN STUDIES CENTER SERIES

- No. 1 **Luis H. Antezana**
Dos conceptos en la obra de René Zavaleta Mercado
- No. 2 **Oscar Terán**
Rasgos de la cultura intelectual argentina 1956-1966
- No. 3 **Rafael Gutiérrez Girardot**
La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX
- No. 4 **Ileana Rodríguez**
Transición: Género/Etnia/Nación. Lo masculino
- No. 5 **Regina Harrison**
'True' Confessions: Quechua and Spanish Cultural Encounters in the Viceroyalty of Peru
- No. 6 **Carlos Altamirano**
Peronismo y cultura de izquierda (1955-1965)
- No. 7 **Irene Silverblatt**
Honor, Sex, and Civilizing Missions in the Making of Seventeenth-Century Peru
- No. 8 **Barbara A. Tenenbaum**
*Mexico and the Royal Indian —
The Porfiriato and the National Past*
- No. 9 **David M. Guss**
"Indianness" and the Construction of Ethnicity in the Day of the Monkey
- No. 10 **Agustín Ramos**
Historia verdadera del duende de las minas



Printed on Recycled Paper